

Reseña de libro

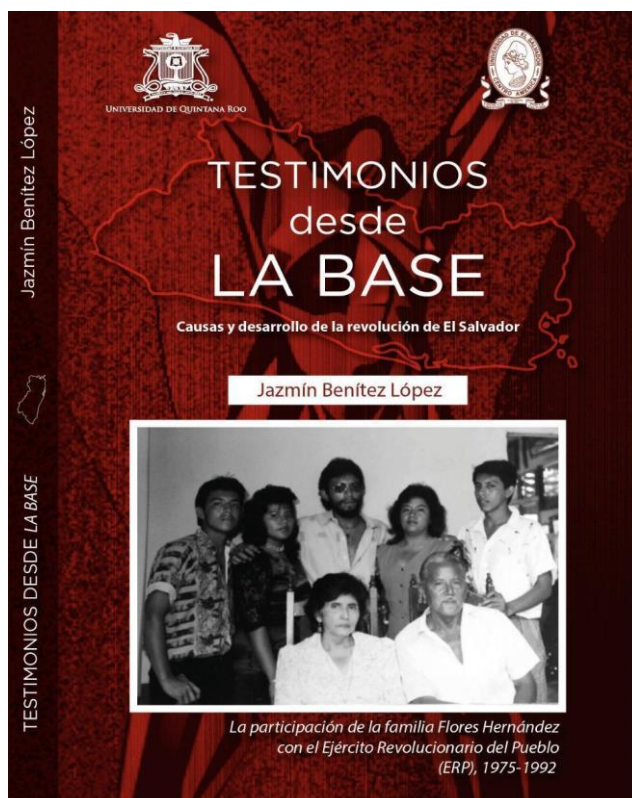
RESEÑA DEL LIBRO DE JAZMÍN BENÍTEZ LÓPEZ

Testimonios desde la base. Lucha de clases y revolución en El Salvador

La participación de la familia Flores Hernández con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), 1975-1992

Mónica Toussaint

Instituto Mora



El libro de Jazmín Benítez se enmarca en el contexto de la crisis centroamericana de los años setenta y ochenta del siglo XX que, más que un fenómeno coyuntural, fue la expresión de diversos factores de orden estructural, con raíces tanto en la historia interna de los países del istmo como en el juego de actores externos. En su obra, la autora logra combinar con éxito dos ejes de análisis: una visión histórica de la geopolítica regional que constituye el telón de fondo de la

guerra en El Salvador, considerado como un espacio estratégico, y, por otra parte, la historia de la familia Flores Hernández y sus vínculos con el Ejército Revolucionario del pueblo (ERP), entre 1975 y 1992, construida a partir de la recuperación del testimonio de sus integrantes con base en la metodología de la historia oral. Sobre ambos ejes diré algunas palabras.

En la primera parte del libro, nos hace reflexionar acerca de la crisis centroamericana y la creciente polarización del conflicto social en la región durante la segunda mitad de los años setenta. Explica el desbordamiento de las contradicciones sociales de los gobiernos dictatoriales y oligárquicos, y destaca el desarrollo de un antagonismo ideológico que se expresó en la conformación de dos polos opuestos extremos: el de los movimientos revolucionarios y el de la derecha oligárquica contrainsurgente.

Uno de sus temas de interés es cómo, a mediados de los años setenta, la actividad militar y política de la guerrilla logró impactar profundamente en cada uno de los países centroamericanos. Los atentados guerrilleros contra prominentes miembros de la oligarquía y altos funcionarios gubernamentales significaron una declaración de guerra y provocaron una violenta reacción de las autoridades. De aquí que ejércitos, cuerpos de seguridad y fuerzas paramilitares asumieran la misión de combatir el "complot comunista", lo que trajo consigo una cada vez mayor polarización política.

La autora evidencia la manera en que los grupos guerrilleros demostraron mucha mayor eficacia que los partidos tradicionales y cómo, durante la segunda mitad de los años setenta, surgieron asociaciones campesinas, gremios estudiantiles, sindicatos obreros y frentes de masas bajo los auspicios de la guerrilla o por lo menos en íntima relación con ésta.

A partir de esta experiencia organizativa observamos que se estableció otro de los fundamentos esenciales de la sublevación: la adopción por las masas radicalizadas de la violencia revolucionaria como un lenguaje propio para reivindicar sus aspiraciones sociales en respuesta a la violencia del régimen. En la medida en que la acción directa se arraigó como el lenguaje político de las masas opositoras, el terrorismo estatal se convirtió en el instrumento de la contrainsurgencia, y los gobiernos militares asumieron el carácter de dictaduras que basaban su autoridad en el ejercicio sistemático de la represión y en el terror estatal generalizado.

Jazmín Benítez se centra en el caso salvadoreño y analiza tanto su papel histórico en la geopolítica regional, como la manera en que la lucha de clases y la injerencia externa

desembocaron en un proceso de guerra revolucionaria. El escenario de esta revolución se sitúa en la década de los setenta, cuando se iniciaba un periodo de crisis económica en El Salvador, a la cual se añadían los fraudes en las elecciones presidenciales y legislativas, apoyados por el Ejército. Fueron también los años en que las fuerzas revolucionarias se organizaban en El Salvador en contra de la violencia política y la creciente represión, dirigidas hacia quienes luchaban por la instauración de formas políticas democráticas, lo que trajo como resultado la formación de grupos paramilitares de ultraderecha.

En el periodo reseñado por la autora, encontramos una serie de acontecimientos que hicieron evidente la ola de violencia que constituyó el preludio de los años de guerra en El Salvador. El 27 de enero de 1977 integrantes del Ejército Revolucionario del Pueblo secuestraron y dieron muerte al ministro de Turismo, Roberto Poma, miembro de una de las grandes familias salvadoreñas. El 12 de marzo del mismo año, los escuadrones de la muerte asesinaron al padre Rutilio Grande en la carretera que comunica el municipio de Aguilares con el Paisnal, junto con las dos personas que lo acompañaban. Un mes después, el 19 de abril, fue secuestrado en su propia casa el canciller salvadoreño Mauricio Borgonovo.

A partir del libro de Jazmín Benítez podemos constatar el crecimiento en la influencia social de las organizaciones revolucionarias que culminó con la manifestación del 22 de enero de 1980, para conmemorar la matanza de 1932, a la cual asistieron más de 200 mil personas, lo que demostró la gran capacidad de convocatoria de dichas organizaciones. Aunque el asesinato en el mes de marzo de monseñor Óscar Arnulfo Romero por cuerpos paramilitares significó un duro golpe para el movimiento popular, al mismo tiempo sirvió para que diera inicio al proceso de unificación de las diferentes organizaciones que conformaron el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional. Éste lanzó en 1981 una fuerte ofensiva que fue derrotada y, como consecuencia, cientos de miles de personas buscaron refugio en Honduras, Costa Rica, Belice, México y Estados Unidos.

En el marco del análisis de la historia de El Salvador como espacio estratégico en la región, Jazmín Benítez se ocupa de explicar el papel de los actores externos. Por un

lado, destaca la política exterior activa de México, que retiró a su embajador en ese país en 1980 y envió en su lugar a Gustavo Iruegas, como encargado de negocios. Iruegas entabló relaciones estrechas con la insurgencia salvadoreña, visitó algunos de los nacientes frentes de guerra para informarse directamente de la capacidad militar de las fuerzas rebeldes, les brindó asesoría fundamental para la formulación de su propia estrategia diplomática y fungió como enlace entre las organizaciones guerrilleras y el gobierno mexicano.

Además, en agosto de 1981, México y Francia presentaron un Comunicado ante la ONU, elaborado en respuesta a la violación a los derechos humanos en El Salvador, en el cual se reconocía a las organizaciones revolucionarias salvadoreñas con la calidad de fuerzas políticas representativas y con la legitimidad para negociar con el gobierno. El objetivo consistía en encontrar una salida intermedia entre la guerrilla y la junta militar salvadoreña, por lo que se hacía un llamado a la comunidad internacional para propiciar la negociación entre las partes en conflicto, a fin de restablecer la paz y evitar cualquier tipo de intervención externa, en el marco de los principios de libre autodeterminación de los pueblos y no intervención.

Por otra parte, en el texto encontramos referencias de cómo, a partir de 1981, la administración de Ronald Reagan adoptó un papel más enérgico en Centroamérica. No obstante que el involucramiento de la URSS nunca fue más allá de mantener una presión sobre Estados Unidos, su presencia en el conflicto regional contribuyó a exacerbar las tendencias más agresivas dentro de la administración republicana. Ante la posibilidad de que se establecieran en la región nuevos gobiernos similares a los de Cuba y Nicaragua, Washington se empeñó en asumir directamente la conducción de la cruzada contrarrevolucionaria en Centroamérica, por medio de la estrategia de Guerra de Baja Intensidad.

En respuesta, las fuerzas revolucionarias establecieron una más estrecha coordinación buscando incrementar su potencial militar. Gracias al respaldo de Cuba y el bloque socialista, el ejército nicaragüense se convirtió en el más poderoso del istmo y las fuerzas rebeldes de El Salvador pudieron armarse y resistir las ofensivas gubernamentales. Al mismo tiempo, los revolucionarios salvadoreños se esforzaron en procurar el

entendimiento con los demócratas liberales de Estados Unidos, la Internacional Socialista y otros países latinoamericanos interesados en contener la política estadounidense.

La autora nos demuestra que, al insertarse de lleno en la geopolítica regional, el conflicto salvadoreño se convirtió en escenario de una confrontación de mayores dimensiones, en el que gravitaban de manera importante elementos ajenos a su dinámica interna; con ello, los alcances del proyecto insurgente se vieron condicionados al desenlace global del enfrentamiento Este-Oeste. El fin de la crisis centroamericana coincidió con la invasión de Estados Unidos a Panamá en 1989 y las elecciones nicaragüenses de 1990. Después de diez años de guerra fue evidente un cambio en el escenario internacional, después de la caída del muro de Berlín, el cual afectaba directamente la correlación regional de fuerzas.

El periodo que se analiza en esta obra coincide así con el desenlace de la confrontación estratégica mundial que selló el destino de los movimientos revolucionarios en el istmo. Tras el retiro de la URSS del escenario regional y el ascenso de George Bush a la presidencia de Estados Unidos, la negociación política dio de pronto un giro inesperado. En 1992, tras un largo y complicado proceso de diálogo, el FMLN acordó la paz con el gobierno salvadoreño y el 16 de enero tuvo lugar en el Castillo de Chapultepec la firma de los Acuerdos de Paz entre la representación gubernamental y la dirigencia insurgente.

La segunda parte del libro está destinada a analizar el papel que jugó la base de seguridad establecida por el Ejército Revolucionario del Pueblo en la vivienda de la Familia Flores Hernández durante los preparativos de la guerra. A través de los ricos testimonios de sus participantes, se resaltan datos relevantes sobre la conformación del ERP como grupo guerrillero, su importancia estratégica en la zona oriental de El Salvador y la forma en que su dirigencia integró a la causa a Don Chabelo, el jefe de familia. En este proceso, se rescatan también los elementos que derivaron en la incorporación del resto de la familia (Doña Nena y sus hijos) a las operaciones del ERP, así como las acciones más importantes emprendidas por ellos en el periodo de 1975 a 1981.

Un apartado específico está dedicado a reconstruir el papel de esta familia desde el momento de la organización de la Ofensiva Final entre 1987 y 1989 hasta la conclusión de

la lucha armada en 1992, con la firma de los acuerdos de paz, que trajo consigo el proceso de desmovilización de los combatientes. Profundiza en las acciones de los Flores Hernández que incluyeron tareas tácticas y militares, fabricación y traslado de explosivos, misiones de diseño estratégico, acciones militares, labores de difusión de la información, así como la instrumentación de programas de capacitación, escolarización y formación de los cuadros guerrilleros.

Por último, la autora presenta algunas reflexiones personales de todos los entrevistados sobre los alcances de la guerra, la realidad social y política de El Salvador, y los principales problemas que enfrentan en la actualidad, como parte de los asuntos no resueltos por una revolución que dejó un legado de decenas de miles de muertos y prácticas de violencia social que perviven en los años de la posguerra.

Tal como lo escribí en la contraportada de este libro, antes de ser escrita, toda historia fue contada. Sin embargo, para narrar una historia primero hay que recordarla, adentrarse en los senderos de la memoria y reconstruir lo que pasó a partir de lo vivido.

Ese es el caso del testimonio de los integrantes de la familia Flores compuesta por Isabel Flores, *Don Chabelo*, y su esposa, María Magdalena Hernández, *Doña Nena*; sus hijas Dina y Norma; y sus hijos, William, Rudis y Engels. Sus relatos nos proporcionan información de primera mano acerca de su participación como apoyo de las operaciones del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y las causas de que se incorporaran de manera activa a la lucha insurgente en El Salvador, influidos por el triunfo de la revolución cubana, pero, sobre todo, movidos por el contexto de represión, tortura y muerte que se vivía en su país.

Los entrevistados coinciden en señalar que la decisión de combatir con el ERP no era un asunto opcional, sino un tema de supervivencia. Se trataba de colaborar o morir, puesto que habían sido testigos de las injusticias y atrocidades cometidas por las fuerzas del Estado y los escuadrones de la muerte contra personas cercanas, conocidos, amigos, familiares y vecinos; niños, jóvenes y ancianos; mujeres y hombres inocentes que habían sido desaparecidos, torturados y asesinados a pesar de no haber tenido participación alguna en la lucha.

Considero necesario destacar que todo testimonio tiene un sentido político, porque el relato de los actores concretos de un proceso no puede ser ajeno al contexto en el que se desarrolla. Por ello, a través de la memoria de los siete integrantes de la Familia Flores Hernández (los padres, las hijas y los tres hermanos), Jazmín Benítez logra reconstruir la manera en que participaron en las diferentes fases del proceso revolucionario y, al mismo tiempo, presenta las vivencias cotidianas de los actores concretos que constituyen una pequeña muestra de los hombres y mujeres que decidieron dar sus vidas para desafiar al régimen salvadoreño y optaron por buscar transformar las condiciones de opresión e injusticia prevalecientes a lo largo de la historia de El Salvador.

En suma, esta obra habla del compromiso con las causas justas de los pueblos y nos remonta a los años de la crisis centroamericana y la guerra en El Salvador, derivada de una serie de causas estructurales internas, pero en la que intervinieron actores externos, como Estados Unidos, que impidieron que la historia tomara su curso sin interferencias extrarregionales. A partir de los detalles, los pequeños indicios, los valores sociales y las subjetividades, se reconstruye una memoria colectiva que, a partir de la experiencia vivida, conduce a una mejor comprensión del pasado y el presente de un país en el que la historia todavía está en deuda con su pueblo en términos del combate a la violencia, la distribución de la riqueza y la justicia social.